

apenas lo grotesco <sup>41</sup>. El gusano sigue siendo una batalla que libra Quimet a la siempre imaginada superioridad de Colometa, representada, en este caso, por la maternidad. Es oportuno recordar a este propósito la convicción de Groddeck acerca de la envidia que todos los hombres sin distinción sienten por la maternidad, <sup>42</sup> y estas palabras: «Un buen día uno vuelve a ser niño e imagina de nuevo formas infantiles; nace entonces el recuerdo nostálgico del gusano, e inmediatamente su Es se construye un ejemplar con los huevos de una solitaria [...]; luego, de repente, se le ocurre pensar que el gusano es un crío; entonces aún se divierte más y juega al embarazo con el gusano solitario, hasta que un día jugará a la *castración*, al *parto*. Y después expulsará la solitaria...» <sup>43</sup> La ilación, bien entendido, la hace nuestro héroe: «I en Quimet deia que ell i jo érem igual perquè jo havia fet els nens i ell havia fet un cuc de quinze metres de llargada» (XVI, 89.) Alcanzada momentáneamente la calma tras la aplastante victoria, el campeón levanta, en un gesto de exaltación personal, su trofeo de guerra («el vam guardar a dins d'un pot de confitura, de vidre, amb esperit de vi», *ibíd.*, 88) que un incidente trivial desbarata. Este bote de vidrio hecho añicos, destinado a inmortalizar el triunfo, habla sin censuras del terror de la impotencia y de la imposibilidad, en este estado, de llegar a una prueba que pueda considerarse resolutive. Como para el niño que parecía iba a morir, no queda otra esperanza que «engendrar» una nueva tenia: «I en Cintet li va dir que no s'hi encaparrés, que potser aviat podria tenir un altre cuc en pot de vidre perquè ja se li estava fent. *I no.*» (*Ibíd.*, 89.) Colometa queda, pues, con un tanto a su favor, que deberá pagar de algún modo.

El episodio de la tenia no corta el *crescendo* soberbio y obsesivo de la invasión de las palomas. Como tampoco interrumpe este trazo incisivo y ascendente los hechos que la conciencia juzga importantes («els maldecaps grossos», XIV, 81), ni el advenimiento de la República, ni el nacimiento del otro hijo, ni el inicio sin duda traumatizante de su actividad fuera de casa como criada <sup>44</sup>. Diría que en estos diez capítulos no ocurre nada relevante, salvo la obsesiva y progresiva agresión y anulación del yo, y el correlativo sentimiento de acorralamiento, terror y soledad, que se manifiesta por medio de proyecciones sobre el objeto: la visión laberíntica y sofocante del mundo en la casa de los señores y la invasión de olores, imágenes y ruidos en el mercado («tot sortia d'aquelles onades *que a mi em deixaven buida*», XIV, 80), que no es sino un preanuncio de la agresión sensorial de tipo esquizofrénico protagonizada

<sup>41</sup> Algunos críticos han puesto de relieve la ironía de esta obra. Así Paulina Crusat, que habla no sin razón de «humor carneriano» («Un nuevo libro de Mercè Rodoreda», en *Insula*, mayo 1968, núm. 258, pág. 10) y Llorenç Villalonga: «Poques vegades, des de Sterne, s'havia escrit amb un humorisme tan net, tan de bona llei; humorisme tràgic, perquè el pes angoixós de la història se'ns fa sensible a través dels petits i entranyables problemes d'una pobra noia de la barriada barcelonina de Gracia, que no té cap idea de la història» (citado por Joan Sales, «Una mica d'història de *La plaça del Diamant* amb motiu de la 26.<sup>a</sup> edició», en Mercè Rodoreda, *op. cit.*, págs. 14-15).

<sup>42</sup> *Op. cit.*, carta II.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, carta XXIX.

<sup>44</sup> Tengo la impresión de que la crítica, un poco como la protagonista, se ha dejado desviar por su pensamiento consciente, sin calcular que la conciencia disfraza con explicaciones de tipo exterior fenómenos y fracturas operados a nivel subterráneo o reprimidos y almacenados en el inconsciente, que aquella ignora. Cfr. Arnau, *op. cit.*, págs. 128, 129 y 136.

por las palomas: «Només sentia parrupeig de coloms. [...] Tota jo feia pudor de colom. [...] El parrupeig dels coloms em seguia i se'm ficava al mig del cervell» (XXII, 115). Esta última manifestación ya propiamente patológica señala el ápice de una crisis que no puede seguir ignorándose y que por su gravedad impone una resolución, activa o pasiva: renunciar a la propia supervivencia psicológica, acabar en la locura como forma compensatoria del inconsciente, o acometer de algún modo la situación.

De una forma inconsciente, Colometa opta por esta última vía, que veremos jalonada de numerosos obstáculos, los de la propia psique. Con todo, el capítulo XXIII denota una primera toma de conciencia destinada a crecer por grados. Pone en marcha este delicado mecanismo por lo demás irreversible, la señora Enriqueta, la madre-protección-ayuda: «La senyora Enriqueta s'hi va ficar i va dir que no tenia caràcter [...], que mai no s'hauria deixat fer una cosa com aquella.» (XXII, 116.) La confidente ha puesto el dedo en la llaga, pero la conciencia ha encontrado en sus palabras la complicidad y el alibi. Dos capítulos más adelante —mientras se ha verificado la muerte de la madre de Quimet— se efectúa, esta vez sin intermediarios, una segunda constatación, que presupone un inicio de clarificación en la conciencia. Emerge así el resentimiento reprimido y suprimido hacia el marido, del que no volverá a hablarse: «En Quimet no veia que necessitava una mica d'ajuda en comptes de passar-me la vida ajudant, i ningú no s'adonava de mi i tothom em demanava més com si jo no fos una persona.» (XXIV, 124.)

Es, sin embargo, un hecho aparentemente trivial lo que da origen a un núcleo de personalidad que irá covando subterránea e ininterrumpidamente hasta su total despliegue y realización: el encuentro con Mateu <sup>45</sup>. Después de la madre, este amigo del marido es el único que establece con la protagonista una relación basada en la estima y en el afecto. Era él quien, en el baile del día de la boda, la llevaba «com una ploma» (VI, 42), con la misma delicadeza y cariño con que, en el capítulo anterior, tenía en brazos a su propia hija, que «duia com si fos una flor de debò» (V, 34); quien, en el capítulo VI, deseaba ardiente y cariñosamente arreglarle la cocina como si fuera «la cuina d'una reina». Este personaje, frágil y sensible, perteneciente, como ella, a la categoría de los débiles en la lucha encarnada en las palomas, es la estimación que hará posible la superación del complejo de inferioridad y la autoaceptación. Gracias a este encuentro fortuito, Colometa halla aquel «algo donde agarrarse» en torno al cual irá coagulándose la confianza en sí misma y la superación del conflicto. Merced a ello, la conciencia entrevé por vez primera, aún confusamente, el material informe que hasta este momento ha empujado en el fondo del inconsciente: «pensava en els ulls del Mateu, amb aquell color de mar. [...] i, sense adonar-me'n, pensava en coses que em semblava que entenia i que no acabava d'entendre... o aprenia coses que tot just començava a saber...» (XXIV, 126.)

La personalidad, rezan los textos psicoanalíticos, es un proceso irreversible. Hay un tanto de rebelión en el episodio del vaso que les señores le obligan a pagar «això

---

<sup>45</sup> Cfr. GIUSEPPE GRILLI, *loc. cit.*, págs. 39-40, y Arnau, *op. cit.*, pág. 131.

que ja estava una mica esquerdat» (XXV, 127). De vuelta a casa, se detiene ante la balanza, como sopesando el equilibrio compensatorio del inconsciente y la conciencia, del Yo y del Otro. Ante el ataque histérico-agresivo de Quimet, una supresión consciente («em vaig empassar el mal», *Ibid.*, 128) y una acometida subrepticia al enemigo («i no li vaig dir que havia trencat un vas», *Ibid.*). E inmediatamente después, la frase resolutiva: «I va ser aquell dia que vaig dir-me que s'havia acabat» (*Ibid.*). Un fuego —la brasa— una fiebre potente y destructora, todo un yo oprimido, reprimido, humillado, se apresta a la *revolución*, a la destrucción y al exterminio.

No nos engañemos: no estamos ni con mucho a la rebelión resolutoria. No pudiendo soportar la idea de odiar a Quimet, el odio se desplaza a las palomas, a los huevos de las palomas —la creación de Quimet, su misma persona— para eliminarlos en su nacer mismo. La conciencia traslada el blanco de la propia agresividad defensiva a un objeto inocuo con el inútil intento de librarse de la inculpación y el remordimiento. Inútil, pues el inconsciente conoce el verdadero objeto de la matanza y la gravedad de la culpa. No importa que la conciencia busque una justificación («Tot perquè jo no podia més», XXV, 130); el acto culpable exige el castigo. Y como en un infierno dantesco, en un implacable ojo por ojo y diente por diente, el inconsciente libra parte del material reprimido a la conciencia a través del sueño nocturno, en el cual la homicida recibe la pena proporcionada al delito: el yo-huevo es violentamente sacudido y destruido por una mano anónima, la misma terrible mano de Dios del apocalíptico cuadro de las langostas.

Desde el asesinato simbólico de Quimet hasta su muerte real transcurren siete capítulos, durante los cuales se concentra el advenimiento y el desarrollo de la guerra civil. La historia exterior y la vicisitud psíquica de la protagonista siguen un destino paralelo: a la «revolució» interior, como dice ella al principio del capítulo XXVI, sobreviene la revolución política y social, de la que ella es mero espectador pasivo y víctima. Sin menoscabo de lo que esta obra tiene de inestimable testimonio histórico, el fenómeno puede ofrecer una doble vertiente significativa: si de un lado todo parece decirnos con Jung que el yo individual es siempre colectivo<sup>46</sup>, del otro estos acontecimientos ayudan a la conciencia a disfrazar con explicaciones de tipo circunstancial y exterior (la irrupción del conflicto civil) la fractura que se ha operado en el fondo del alma: el corte homicida con Quimet para salvaguardar la propia supervivencia interior.

En el capítulo XXVII, los hijos crean nuevos problemas de conciencia, nuevos sentimientos de culpabilidad, que muestran menos la realidad objetiva que el punto flaco de la constitución psicológica de la protagonista. Todo habla en él de reproche: la mirada y el mutismo del niño en el abandono forzoso en la colonia, que reaparecerá como una acusación cruel en una conversación espiada muchos años después (XLVI, 226). La conciencia suprime y reprime, mientras el Es halla formas compensatorias, proyectando sobre los objetos el llanto que el corazón sofoca: «se'n's va posar a ploure i el llistonet anava d'una banda a l'altra, neteja que neteja, i com un riu de plors l'aigua

<sup>46</sup> *Op. cit.*, pág. 484.